

“Indicaré á vd. por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O’Horán y Carbajal á batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

“Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurren.

“Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—I. Zaragoza.—C. Ministro de la Guerra.—México.

El Gobierno Supremo de la Nación contestó á Zaragoza el parte anterior, enviándole su más cumplido pláceme, lo mismo que á todos los ciudadanos que formaban el benemérito ejército de Oriente, “por haber sido el primero en vindicar, para con la Europa, el buen nombre de la Nación, cuyo honor quedaba ya asegurado, fueran los que fueran los últimos acontecimientos que jamás arrancarían á México su Independencia y soberanía, puesto que había demostrado que tenía hijos dignos y capaces de hacerla figurar entre las naciones del Globo.”

Respecto de las operaciones verificadas en el campo francés, la siguiente importante relación da una idea exacta de ellas; relación pintoresca escrita por un inteligente testigo ocular, residente en el campo enemigo, y que se expresaba del modo siguiente:

“Son las nueve, cuando los cinco mil franceses desembocan en la llanura donde se eleva Puebla. Divisanse bien pronto las torres de la Catedral, pero la ciudad no aparece todavía, sino como una masa confusa en medio de los jardines de que está rodeada. El cuadro en que la vemos, á la distancia en que nos hallamos, está formado en el fondo por las alturas del Ixtacihuatl y el Popocatepetl, que cierran el Valle de Puebla del lado de México; á la izquierda por el monte Tepozúchil, á cuyo pie está trazado el camino que seguimos, á la derecha por el Fuerte de Guadalupe.

“Todo está tranquilo en la llanura. La marcha continúa. Sin embargo, una línea de tiradores enemigos no tarda en mostrarse y romper el fuego á nuestra derecha; pero rechazada por nuestros cazado-

res de á pie, se retira lentamente y acaba por desaparecer tras la pendiente cubierta de árboles que liga á Guadalupe con Puebla.

“El General manda hacer alto y disponer el café, mientras su Jefe de Estado Mayor, el coronel Valazé, ejecuta un reconocimiento con el Escuadrón de Cazadores, en la dirección de la Rementería. Su objeto es estudiar el terreno que conduce á Guadalupe, y juzgar, en cuanto es posible, de la posición exacta del Fuerte.

“Entretanto, con la mirada vuelta hacia la ciudad, parecía que el General aguardaba el efecto de aquellas promesas tantas veces repetidas desde el día de su desembarco. ¡En vano busca en esa llanura, que había quedado enteramente silenciosa, el entusiasmo de la Puebla antijuarista: los diez mil hombres de Márquez que deberían haberse encontrado allí al mismo tiempo que él, y aquel gran partido de la Intervención que desde hacía tres meses se le anunciaba todos los días para el siguiente!

“¡Nada en la llanura, nada en el camino!
“De repente se oye un cañonazo, uno solo. Ha partido del Fuerte de Guadalupe. A esta señal, que es tal vez para el enemigo la del combate, el General toma sus disposiciones de ataque.

“Fórmanse tres columnas.
“La 1ª comprende dos batallones del 2º Regimiento de zuavos y diez piezas. Tiene orden de atravesar la barranca, marchar paralelamente al Fuerte de Guadalupe en dirección á la derecha, y una vez á la altura del Fuerte, volver á la izquierda y dirigirse á él. La 2ª, compuesta del batallón de marinos y de una batería de montaña servida por la marina, debe seguir á la 1ª, y oponerse durante su marcha á todo movimiento que envuelva su flanco derecho. La 3ª, fuerte de un batallón de infantería de marina, tendrá que establecerse detrás de la línea formada por los zuavos y hallarse lista para apoyarlos.

“El general da la orden para que principie el movimiento, y al punto las tres columnas atraviesan la barranca y marchan al través de la llanura en la dirección que les ha sido indicada. En este momento una línea de fuego ilumina el frente de la fortaleza, que observa nuestro ataque, y algunas balas bien dirigidas vienen á rebotar en medio de nuestras filas. No hay duda, ¡es la lucha!

“Son las doce. Nuestra columna de vanguardia ha llegado al

cambio de dirección; voltea á la izquierda, y mientras la artillería toma posesión á 2,200 metros de Guadalupe, los zuavos se despliegan á ambos lados de nuestras baterías, esperando con el arma al pie se abra una brecha que están impacientes por asaltar.....

“El General ha acudido ya; ha formado dos columnas con todas las tropas presentes en el lugar del combate, y les ha señalado los puntos de Guadalupe sobre los cuales reciben orden de lanzarse. Por un lado el Comandante Cousin, á la cabeza de un batallón de zuavos, atraviesa á la izquierda las quiebras del terreno y llega al pie de la explanada; por el otro el Comandante Morand se dirige oblicuamente á la derecha con otro batallón de zuavos para echarse en seguida contra Guadalupe, procurando abrigarse de los fuegos de Loreto. Cada columna es seguida de dos destacamentos de zapadores que llevan sendas tablas aderezadas de escalones clavados, medio de escalada asaz insuficiente, pero el único que la precipitación de los sucesos permite procurarles. El destacamento de la izquierda está provisto, además, de un saco de pólvora, destinado á hacer saltar la puerta del reducto. Sintiendo que la victoria depende del golpe de audacia, intentado en aquel momento, el General no vacila en mandar por el batallón de Cazadores á pie, que había quedado en guarda del parque, y hacerle conducir á la posición con objeto de que apoyase al batallón Cousin.

“Entretanto, sigue la lucha más terrible.

“En proporción que nuestras columnas se aproximan al Fuerte, la defensa se multiplica, el fuego redobla, y pronto hay sólo en el aire un silbido no interrumpido de balas de fusil y de cañón. A la izquierda, los Cazadores de á pie acaban de aparecer sobre la posición; hélos allí que se lanzan al lado de los zuavos. ¡Qué lucha de heroísmo entre esos hombres por escalar las formidables defensas todavía intactas de Guadalupe, y penetrar en ese Fuerte erizado de bayonetas que no cesa de vomitar metralla!

“Aquí, es el capitán Gautrelot, del 2º de zuavos, que se hace una escala de los hombros de sus soldados; allá es el clarín Roblet, que empujado sobre el parapeto enarbola el guión del primer batallón de Cazadores á pie y da el toque de carga; más lejos es el subteniente Caze, que descarga por una cañonera los seis tiros de su revolver sobre los artilleros enemigos, mientras que, sobre el resalto de la

contraescarpa, á algunos pasos de las piezas mexicanas, se mantiene orgullosamente plantada la bandera del 2º de zuavos, ese mudo contemplador de tantas acciones brillantes. Una bala hiere mortalmente al abanderado; reemplázale un alferez, y cae á su vez; entonces un viejo zuavo, quien por su edad y su reputación de valor había adquirido el singular privilegio de llamar á sus oficiales “hijos míos,” toma á su turno la bandera, y tremolándola sobre su cabeza con un gesto de desafío, exclama con voz tonante, “¡Venid á tomarla!” pero luego, estrechando con un movimiento convulsivo su precioso tesoro contra el pecho, se desploma y rueda con él en el fondo del foso.

“Verdaderamente nuestros soldados saltan la zanja y coronan en gran número la parte del terraplén; todos sus esfuerzos se estrellan contra un reducto inexpugnable, cuyo centro forma la iglesia, en que están dispuestas tres líneas de fuego, y que defienden las tropas de los generales Negrete y Berriozábal. En fin, como para hacer impotentes nuestros últimos esfuerzos, se desata una violeta tempestad, acompañada de granizo; el suelo, empapado en pocos momentos, cede bajo los pasos de nuestros hombres, que resbalan en el fondo del foso, logrando apenas llegar á la explanada un número muy reducido.

“Mientras á la izquierda se daba este asalto prodigioso, la columna Morand ataca la derecha de la posición; pero de ese lado el terreno no está menos cortado de defensas de toda especie, insuperables para nuestras tropas en las condiciones en que se hallan.

“Dos líneas de infantería mexicana, bien emboscadas y apoyadas por numerosa caballería, se despliegan sobre la cresta que une el Fuerte de Guadalupe con el de Loreto. Marchamos derechamente al enemigo; pero somos luego tomados de flanco por la batería de Loreto, invisible hasta entonces, y que nos causa pérdidas sensibles. Los marinos y la batería de montaña que estaban de reserva, son sucesivamente enviados en auxilio de los zuavos, y el combate prosigue con nuevo encarnizamiento. Por un instante, creemos en un socorro; soldados de caballería se lanzan hacia nosotros al grito de “Almonte,” “Almonte:” ¡Sin duda son amigos! ¡Qué alegría abrirles nuestras filas! Corta ilusión. Los soldados nos dan una carga terrible. Por otra parte, nuestras tropas, tomadas entre los fue-

gos cruzados del Fuerte y de las masas acumuladas en la altura, su cumben bajo la metralla y acaban por replegarse tras las primeras quiebras del terreno. Su concurso falta, por lo mismo, al ataque de la izquierda.”

Habla en seguida de un combate heroico sostenido en la llanura entre dos compañías de Cazadores á pie, y una parte de la caballería mexicana, y concluye así:

“Son las cuatro. Se ha marchado desde las cinco de la mañana y batido desde las doce del día. Testigo de los esfuerzos sobrehumanos de sus tropas durante esa lucha desigual; reconociendo la imposibilidad de una nueva tentativa sobre Guadalupe, el General Laurencez da la señal de retirada.”¹

Las pérdidas del ejército francés en la jornada, según Laurencez, fueron de 482 hombres, cuya cifra que se ha considerado como excesiva, atendiendo á su efectivo, se descompone así: 25 oficiales muertos, 20 heridos; 162 soldados muertos, y 285 heridos ó dispersos. Las pérdidas de los mexicanos según el parte de Zaragoza, ascendieron á 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos. Quedaron, además, 25 prisioneros franceses.

En el para siempre memorable combate que estamos describiendo, el Estado de Puebla estuvo dignamente representado.

El General Negrete, uno de los héroes de la jornada, había nacido en su suelo: los coroneles Juan N. Méndez, Manuel Andrade Párraga, Ramón Márquez Galindo, Pablo Zamacona, igualmente poblanos de nacimiento, al frente de sus respectivos batallones, sostuvieron el honor de las armas nacionales, resistiendo denodadamente al enemigo dentro de los muros de Guadalupe.

El primero de dichos coroneles mandaba el 6.º batallón Guardia Nacional del Estado, ó sea de Tetela de Ocampo, que formó parte de la brigada Negrete, perteneciente á la 2.ª División del ejército de Oriente, cuyo jefe lo fué el distinguido General Arteaga, el mártir ilustre de Uruápam; dicho cuerpo, por su buen comportamiento en la acción de Acultzingo, el 28 de Abril de 1862, mereció del invicto Zaragoza una honrosa distinción, cual fué la de quedar relevado de todo servicio y á las inmediatas órdenes de dicho General.

¹ México á través de los siglos. Tomo V, págs. 533, 534 y 535.



iniciado el combate, el referido batallón, formado de seis compañías al mando de los respectivos oficiales Miguel Islas, Juan C. Bonilla, Miguel Luna, Tomás Segura, José María Huidobro y Juan Francisco Lucas, bajó á situarse á la falda de los cerros de Guadalupe y Loreto, frente al llano de Rementería, llevando al frente á su bizarro coronel, y como segundo jefe al valiente demócrata Pilar Rivera.

Méndez se puso á la cabeza de la línea de tiradores que estableció, en cuyo puesto fué herido mortalmente, teniendo que abandonar el campo de batalla por orden del general Negrete, quien personalmente lo felicitó lo mismo que á su tropa, por su excelente manejo, é hizo retirar al batallón que estaba ya, según dijo, envuelto por las columnas francesas, y no podía mandar hacer fuego á la gran batalla formada entre los dos cerros dichos, por hallarse aquél de por medio.

El C. Lauro Luna, que fungía de capitán 2.º Ayudante, resultó herido lo mismo que el teniente Ramón Gómez y el sargento Miguel Fuentes, y muertos tres soldados, uno de Tetela y el resto de Xochiapulco.

Andrade Párraga, sereno y valiente como siempre, cumplió á satisfacción su cometido, lo mismo que Zamacona; y por lo que hace á Márquez Galindo, este ciudadano tan excelente liberal como buen patriota, desde por la mañana se presentó al Sr. Méndez, en compañía de su hermano D. Vicente, pidiendo servirle de Ayudantes: herido aquél, tomó el mando en el acto, el cual supo conservar dignamente.

La fuerza que mandaba el coronel D. Rafael Cravioto, formada de nacionales de Zacatlán y Huauchinango, aunque mermada considerablemente por el reciente desastre de Izúcar de Matamoros, quedó en la ciudad defendiendo la vasta línea de San Agustín y anexas, teniendo como segundos jefes al Teniente coronel Francisco A. Jáuregui y al Mayor Guillermo P. de Unda, y como oficiales tan pundonorosos como cumplidos, á los CC. Antonio Galindo y Galindo, Miguel Andrade Soto, Herculano Calva, Guadalupe Zavala, Antonio Aldana, Daniel Calva, Aurelio Márquez, Juan Rosete, Rafael Rodríguez y Román Fuentes; fungía como 2.º Ayudante el autor de estas líneas.

Además, al romperse los fuegos, Cravioto se presentó en Guadalupe al General Negrete, ofreciéndole con insistencia sus servicios, que fueron aceptados desde luego.¹

El Coronel D. Mariano Valverde, tan entusiasta por la libertad y la independencia de la patria, al frente de milicianos de la ciudad, de los que era jefe, mandaba la línea atrincherada de Santa Catarina hasta Mezones; y el Teniente coronel Juan Solís, jefe de una fuerza de caballería, dió en la llanura una brillante carga al enemigo, en la que resultó herido de un brazo, que se hizo necesario amputarle, y cuya operación resistió de pie, y con un valor y sangre fría tales, que admiraron á cuantas personas la presenciaron.

Grupos de empleados, mandados por individuos tan patriotas como los ciudadanos Joaquín Martínez y Mariano G. Ramos, estuvieron listos á la hora del combate, empuñando las armas unos, y otros desempeñando distintas comisiones que les fueron encomendadas, lo mismo que una multitud de particulares que acudieron al llamamiento hecho con oportunidad por el patriota y valiente general C. Santiago Tapia, Gobernador y Comandante militar del Estado; sin embargo, este mismo funcionario expidió un *decreto el 9 de Mayo*,

¹ Entre los hijos de Puebla que se hallaron en las filas de los patriotas el inolvidable 5 de Mayo, dentro y fuera de la ciudad, además de los anotados, recordamos sólo los nombres de algunos, siéndonos, por lo tanto, imposible, como quisiéramos, consignar el de todos, por carecer de datos auténticos, teniendo, por lo tanto, que conformarnos, muy á nuestro pesar, con la lista siguiente:

Coroneles.—Ignacio Romero Vargas, Amado Medero de Santa Cruz, Joaquín Téllez, Pedro Ibargüen, Bernardo Chávez, J. M. Maldonado, Agustín Isunza, José Ferro, J. de J. Carrillo, J. Mariano Rosales, Macario González, Juan Ramírez, Ignacio Reynoso, Joaquín Colombres, Zeferino Rodríguez.

Comandantes.—Gabriel Rodríguez, Manuel Bueno, Antonio Lejarazu, Enrique Calderón, Pedro Ochoterena, J. M. Osorio, Agustín Romo, Salvador Andaraca, Carlos Andrade, Pedro Contreras, Procopio Anaya, José María Goytia, Joaquín Patiño, José María Isunza, Tomás Alcérreca, Manuel M. Ortiz.

Capitanes.—Juan M. Romo, Antonio Quintana, Antonio Machorro, Manuel Carsolio, Juan Bolaños, Manuel Zamacona, Miguel Guevara, Ignacio Mercado, Gabriel Armas, Pablo Rubio, José Guadalupe Tlapali, Teófilo Méndez.

Tenientes.—Bernardo Corichi, Jacinto Cuesta, Juan Gamboa, Valeriano Cabrera, José María Cortés, Ramón Rodríguez, Florencio Hernández.

Sub-tenientes.—José Rosete, Manuel Cerdán, Eduardo Arriola.

Pagadores.—Miguel Iglesias, Miguel Márquez Galindo.

Sub-ayudante.—Antonino G. Esperón.

destituyendo de sus puestos á los empleados que se hubiesen separado de ellos, en los momentos de ser atacada la plaza por el ejército francés el referido 5 de Mayo; acuerdo que mereció la aprobación del Gobierno federal.¹

Hemos querido dar á conocer á nuestros lectores, lo más exactamente posible, una noticia del brillante hecho de armas á que nos estamos contrayendo; pero al mismo tiempo, y pues que la ocasión se muestra propicia, deseamos esclarecer un hecho que el espíritu de partido, la pasión ó la envidia han querido torpemente desvirtuar.

Por motivo de la celebración del aniversario del 5 de Mayo, un periódico de la ciudad de Puebla, cuyos redactores pertenecen á la falange del retroceso, trató de eclipsar la gloria de esa fecha memorable, lo mismo que la de Zaragoza, su inmortal caudillo, lanzando con descarado arrojo algo como un artículo en que se pone de manifiesto tan absurda pretensión; y como eso que bien podremos llamar conseja tenga adictos entre algunas personas ignorantes de los hechos ó mal intencionadas, creemos oportuno copiar aquí lo que por la prensa en su oportunidad dijimos, y que juzgamos ser una completa y concienzuda aclaración.

Decíamos el 10 de Mayo de 1900:

“Un periódico local, reaccionario por añadidura, regaló á sus ca-

¹ Los empleados comprendidos en la disposición anterior fueron:

D. Mariano Carrasco.
 „ Francisco Fernández.
 „ Francisco Carrasco.
 „ José Mariano Esparza.
 „ Benigno Esparza.
 „ Agustín G. Méndez.
 „ Manuel Tendilla.
 „ José María Riquelme.
 „ José Mariano Romero.
 „ Manuel Medel.
 „ Miguel Suárez.
 „ Jorge San Martín.
 „ Mariano Riquelme.
 „ Pascual Urrutia.
 „ Joaquín España Reyes.

(Periódico Oficial del Estado de Puebla.)

tólicos lectores el 5 del corriente algo que, queriendo ser un trozo de historia, se redujo á un burdo tejido de falsedades y apreciaciones erróneas, en que se descubre desde luego las aviesas intenciones y manejos pérfidos del partido llamado conservador.

Dice la publicación citada, con un desplante que admira, "que como acontece con todas las fiestas patrióticas establecidas por los liberales, éstos han elegido la menos á propósito para conmemorar el valor de los soldados mexicanos: que los combates de San Javier y de Pitimíní, la resistencia de esta plaza en 863 y su heroica rendición ideada por el General Mendoza, son sin duda hazañas más dignas de recordación que la batalla del 5 de Mayo, la cual, ni por el número de combatientes, que *dizque* no pasó de cinco mil, ni por su significación tiene tal importancia que merezca conmemorarse como una fiesta nacional: y concluye aseverando que desde que el ejército francés se presentó á la vista de Puebla y bajó derrotado por las faldas de Loreto y Guadalupe, el mexicano estuvo bajo las órdenes del General Negrete, quien dictó las disposiciones que dieron por resultado la victoria de ese día, y á quien, por tal motivo, se le debe el triunfo."

"No estamos de acuerdo con los conceptos anteriores, dictados por la pasión y el encono, y que desmienten al unísono la historia y las narraciones imparciales y justicieras de los contemporáneos. La gloria del inmortal Zaragoza está muy por encima de esas vanas declamaciones, y no serán ni las diatribas, ni los elogios del partido de la traición, los que aumenten ó disminuyan el altísimo concepto y la veneración profunda de que disfruta el ilustre fronterizo, por parte de los buenos hijos de México.

"El plan de defensa de esta plaza y el triunfo del 5 de Mayo, que debe reputarse como su legítima consecuencia, fué obra neta y exclusiva del General Zaragoza, secundado entusiasta y decididamente por sus leales y denodados compañeros.

"El fué quien mandó en jefe, como es público y notorio, y ello se deduce así del parte general rendido al Supremo Gobierno, acerca de ese combate memorable, como de los documentos oficiales de los jefes subalternos, incluyendo á Negrete, quien al dar cuenta del resultado obtenido en el punto encomendado á su custodia y defensa, se expresa así al comenzar su relato: "Con arreglo á la orden que se sirvió darme el C. General en Jefe," etc., etc.

neral Tápia, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Puebla, un sentido voto de gracias, como la expresión sincera de su gratitud, por el noble comportamiento que se había tenido para con sus compatriotas heridos ó prisioneros.

Ese documento desmiente las calumniosas aseveraciones de Laurencez, y constituye la prueba mejor que pudiera aducirse en pro de los bellos sentimientos de que se sentían animados los ciudadanos y las autoridades, respecto de los enemigos vencidos, quienes pudieron convencerse por el trato recibido y por las consideraciones de que fueron objeto, de que se hallaban no entre una horda de caníbales, sino en el seno de un pueblo culto.

La nota de referencia decía así:

"Puebla, Mayo 9 de 1862.—Excmo. Sr. General.—Los que subscribimos, habiendo presenciado todas las delicadas atenciones con que se hallan rodeados los prisioneros franceses, y muy particularmente los heridos, venimos á cumplir con un sagrado deber, manifestando á S. E. cuánto ha conmovido nuestro corazón una conducta tan noble y generosa de parte del Gobierno hacia nuestros compatriotas, que los azares de la guerra han hecho caer prisioneros ó se encuentran heridos; autorizados por un especial favor de S. E. para visitar y auxiliar á nuestros desgraciados compatriotas, "somos los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que los animan por los cuidados esmerados que reciben."

"Sírvasse S. E. admitir á nombre de todos nosotros, la expresión sincera de nuestro agradecimiento, como también la presentamos á los señores facultativos, practicantes y oficiales del ejército que visitan diariamente á los enfermos, dándoles verdaderas pruebas de simpatía.

"Reiteramos á S. E. las expresiones, etc.—Siguen las firmas."

El Gobierno supremo dictó con fecha 10 de Abril una resolución que mucho le honra, previniendo en ella "que todas las condecoraciones que en el calor del combate arrancaron nuestros soldados á sus bravos vencidos, heridos ó prisioneros, les fueran devueltas en nombre y como testimonio de consideración al valor del ejército de Oriente y de la generosa nación mexicana;" y que en cuanto á aquellas condecoraciones que fueren recogidas en el campo de batalla el Presidente deseaba que se excitara á los poseedores de ellas, á fin